

CRISTINA PRADA
Y LAS CHICAS LISTAS
Siguen GANANDO



Más amor, más sexo y risas. Ahora son Héctor, Aitana y el mundo. Descubre en esta segunda y última entrega por qué las chicas listas siguen ganando.

La vida les debía a Héctor y Aitana sus páginas felices. Les regaló algunas en Nueva Jersey, pero todo ha vuelto a complicarse.

Aitana lo es todo para Héctor. Ella solo sabe ser feliz con él, pero, cuando el mundo entero se pone en tu contra, cuando te obligan a elegir, ¿qué puedes hacer?

Luchar.

Y Héctor y Aitana lucharán con todas sus fuerzas para recuperarse, para reírse juntos, para sentirse, para quererse.

Porque si tu corazón elige, solo puedes elegir con él.

Prólogo

Tiene el pelo largo y castaño claro. Está sentada en el suelo conmigo. La habitación está llena de muebles muy bonitos y muy antiguos. Se ríe. Me gusta el sonido de su risa; ese sonido siempre me hace reír a mí. Me hace sentir feliz.

—Nunca la abrirás si solo usas la fuerza —me indica, acariciando mis manitas sobre la caja de madera—. Tienes que pensar.

Asiento y vuelvo a intentarlo. Pienso, como me ha pedido que haga, pero es muy difícil. Si la tiro contra el suelo y la rompo, conseguiré el juguete que hay dentro. Eso es un plan, eso es pensar, ¿no?

—Eso no vale —me explica con la voz dulce, porque sabe qué me propongo hacer. Ella es muy lista. Ella siempre sabe en qué estoy pensando.

Me concentro. Miro la caja. Tiro de un trocito de madera, después de otro y de otro. Por fin se abre y puedo sacar mi click de Playmobil vestido de vaquero.

Ella aplaude muy contenta y me sienta en su regazo. Me gusta cuando está contenta.

—Mi pequeño —dice— es el niño de cinco años más listo del mundo.

Me abraza y eso también me gusta. Cuando me abraza, nunca tengo miedo ni me duele la tripa ni estoy triste.

Se ríe. Quiero ver su risa. La miro, pero el sol no me deja verle la cara.

—Te quiero, Iván.

—Te quiero, mami.

La abrazo con fuerza. No quiero que se vaya nunca.

No te vayas.

No me dejes.

Me despierto empapado en sudor. Miro la hora. Solo son las tres de la madrugada. Trato de recuperar el aliento y los ojos se me cierran despacio.

Solo quiero ver su cara.

Solo quiero poder recordarla.

Venice, Los Ángeles
Shawn Mendes. *In my blood*

1

Héctor

Todo es de color blanco, como si los adjetivos neutro, aséptico y frío pudiesen entrar dentro de una caja de rotuladores.

Se han llevado a Daniela en una camilla. No nos han permitido pasar. Hace casi una hora de eso. Rico está sentado en una de las sillas de espera, de plástico, en mitad del pasillo, con los codos apoyados en los muslos entreabiertos y los dedos de ambas manos entrelazados, con el pie golpeteando rítmicamente el suelo demasiado nervioso, con el cuerpo echado hacia delante demasiado tenso y con la mirada perdida al frente, más triste de lo que jamás lo he visto.

Si llegara a perderla, no sé qué haría. Daniela es su vida, es su malcriada.

Yo estoy de pie, apoyado en la pared de enfrente, con los brazos cruzados, alejado unos metros. Sé que ahora mismo no me quiere cerca, pero no voy a marcharme. Si me necesita, va a tenerme, siempre.

Una doctora con pijama de hospital y bata blanca, revisando una tablet, cruza las puertas, llamando la atención de los dos.

—Familiares de Daniela Suárez —nos requiere, oteando el pasillo.

Rico se levanta de un salto y vuela hasta ella. También me acerco, veloz, pero, como he hecho desde que llegamos, me quedo a unos pasos.

—Soy Rico León, su marido. ¿Cómo está? —pregunta, acelerado.

—Hemos conseguido estabilizarla —responde con una profesional empatía—, pero, más allá de eso, no podemos decirle nada. Estamos haciendo todas las pruebas necesarias.

Joder.

—¿Y el bebé?

La médica guarda un segundo de silencio y el corazón se me encoge en el pecho.

—Aún no podemos decirle nada —se parafrasea—, pero haremos todo lo posible.

Rico aprieta los dientes, aguantándose las lágrimas. Gira sobre sus talones y se lleva un puño a la boca. Está al límite en todos los sentidos.

—Gracias, doctora —intervengo.

Ella deja de observar a Rico y lleva su vista hasta mí, asiente y regresa al otro lado de las puertas batientes.

Rico se da la vuelta y se deja caer, completamente abatido, en una de las sillas.

Doy un paso hacia él.

—Rico —lo llamo con voz queda.

Él sigue con la vista al frente, sin responder.

—¿Necesitas algo?

Continúa en silencio, pero no me rindo.

—Puedo traerte un café de...

—Márchate, Héctor.

Su frase, taciturna, pequeña, me interrumpe de una forma más certera que un grito a pleno pulmón.

—Rico... —murmuro sin ni siquiera saber cómo seguir.

—Por favor —me suplica sin mirarme, sin levantar la voz, sin dejar de sufrir.

Asiento, aturdido, y lentamente me alejo hasta dejar una decena de asientos libres entre los dos. Ocupo uno cualquiera y dejo escapar todo el aire de mis pulmones al tiempo que me froto los muslos con las palmas de las manos en un gesto demasiado inquieto. Todo esto es horrible y ahora lo es un poco más.

* * *

Han pasado dos horas sin que hayamos tenido noticias de Daniela y el bebé, más allá de que siguen haciéndoles pruebas. Nos han pedido que tengamos paciencia, pero la verdad es que cuesta.

—Héctor.

Levanto la cabeza y veo a Aitana correr hasta mí.

—¿Cómo está? —pregunta, lanzándose a mis brazos, rodeando mi cuello con los suyos y hundiendo la cara en ellos—. He dejado a los pequeños con Belén.

La estrecho con fuerza y por un momento la paz lo inunda todo. La tengo cerca y por fin puedo volver a respirar.

Sin embargo, casi en el mismo segundo, mi cuerpo se tensa y me obligo a separarme. Rico está tan solo a unos metros. Odia esta situación; ahora mismo, me odia a mí y, con todo lo que está pasando, creo que debo ponérselo más fácil y, al menos, ahorrarle el tener que vernos juntos.

Me separo, pero no sé qué hacer con mis manos y me llevo la palma de una de ellas a la nuca; otra vez un gesto que solo denota nerviosismo, porque todo es raro y difícil. Lo es si, pudiendo tocarla, elijo no hacerlo.

Aitana me mira, confusa, y fuerzo una sonrisa que no engaña a nadie.

—Daniela está estable —le explico—. Le están haciendo pruebas. Es lo único que sabemos.

—¿Y el bebé?

Niego con la cabeza.

—Todavía no han dicho nada.

La mirada de Aitana se entristece aún más y la lleva hasta Rico. En cuanto sus ojos conectan con su hermano, una lágrima resbala por su mejilla. No obstante, no duda. Se la seca y echa a andar hacia él, decidida a cuidarlo, porque lo quiere con locura y ese es uno de los millones de motivos por los que yo la quiero más que a nada.

Cuando se ha alejado unos pasos, se vuelve, otra vez confundida, hacia mí, preguntándome sin palabras por qué no la sigo.

Niego de nuevo con la cabeza y ahora es mi mirada la que se vuelve un poco más apenada.

—No es una buena idea —doy por toda explicación.

Los ojos de Aitana siguen sobre mí, pero no puedo mantenerle la mirada y acabo apartándolos. Rico está sufriendo, joder, y yo me siento más culpable que en todos los días de mi vida, porque no soy capaz de renunciar a Aitana.

—Ve con él —le pido.

«Consuélalo por mí», pienso.

Mi chica asiente, aturdida, triste como yo, y reemprende el camino hasta su hermano.

—Lo siento —dice al llegar hasta él.

Solo dos palabras y se funden en un abrazo inmenso, uno que está claro que Rico necesita, porque su malcriada y su bebé están ahí dentro, y no sabe si van a volver.

Camino hasta la pared y vuelvo a dejar caer mi costado sobre ella, con los brazos cruzados y la mirada sobre Aitana y Rico. No puedo dejar de reprocharme que tendría que haber hecho las cosas de manera diferente, que tendría que haber convencido a Aitana de hablar con Rico, llevarme todos sus miedos a besos y hacerle entender que saldría bien, que, si ella estaba en juego, nada iría mal. Tal vez, así, Rico lo habría comprendido y ahora podría ayudarlo.

Quizá no sea demasiado tarde. Nos hemos liado a hostias, cierto, pero también es verdad que no hemos tenido la oportunidad de hablar. Aún puedo explicárselo, aún puedo hacer que lo entienda.

Me incorporo como un resorte, con la idea de recuperar a mi mejor amigo, de poder apoyarlo, impulsándome. Puedo convencerlo. Aitana y yo nos queremos. No es un juego.

Doy el primer paso en su dirección con esa única idea en la cabeza, pero en ese preciso instante la puerta batiente se abre y la doctora aparece con la misma tablet entre las manos.

—Señor León —lo llama, deteniéndose frente a él.

Rico y Aitana se levantan de un salto. Yo avanzo hasta ellos.

—Daniela y su bebé están fuera de peligro —nos anuncia.

¡Gracias a Dios! Los tres respiramos aliviados a la vez, incluso sonreímos.

—Sin embargo, eso no significa que todo esto haya terminado. Desgraciadamente, la salud de madre e hijo están afectadas. —Las sonrisas se nos borran de golpe—. Daniela tendrá que guardar cama todo lo que queda de embarazo, llevar una dieta controlada y tomar medicación. Podrá regresar a casa en unos días, pero es muy importante, señor León, que siga un estricto control médico. Daniela no solo podría perder al bebé.

Rico abre la boca dispuesto a decir algo, pero no es capaz de articular palabra y una lágrima cae por su mejilla. Todo esto es una puta pesadilla.

—Señor León...

—Va a estar bien —la interrumpe, sin una mísera duda, y puedo ver el instante exacto en el que se reconstruye a través de su propia determinación. No piensa permitir que nada le ocurra a su familia—. Voy a encargarme de ello. Estará en cama, la cuidaré, comerá lo que usted diga que debe comer, se tomará las medicinas que le mande, hará los controles, todo, pero van a salir de esta.

La doctora lo observa durante un breve lapso de tiempo y finalmente asiente. No hay nada más que decir. Rico no va a dejar de luchar por ellos ni un solo segundo.

—En unos minutos vendrá una enfermera para acompañarlo a la habitación —lo informa—. Daniela está despierta y ha preguntado por usted.

Ahora es Rico quien mueve la cabeza afirmativamente y la médica se retira.

—No te preocupes —comenta Aitana, contagiada de esa misma seguridad. Puede que los León hayan pasado por mucho, pero eso los ha hecho fuertes y valientes—. Daniela va a ponerse bien. No pienses ni por un momento que no va a ser así. Todos cuidaremos de ella.

—No —murmura y, aunque es eso, el murmullo suena lleno de fuerza.

Ella frunce el ceño, sin saber a qué se refiere. Yo no puedo decir lo mismo.

—Aitana, no voy a decirte lo que tienes que hacer —le explica con la voz cargada de pesar, pero con el mismo grado de decisión. Rico nunca duda—, pero, si quieres seguir con Héctor, no puedes estar a mi lado.

—¿Qué? —La palabra sale de sus labios en un apenado suspiro.

Bajo la cabeza. No ha dicho nada que no me merezca, pero no por eso deja de doler.

—Ahora mismo no puedo con esto —continúa él—. Mi mujer y mi hijo están en una cama de hospital, literalmente luchando por sobrevivir. Lo último que necesito es verlo a él y sentir que, en el peor momento de mi vida, no puedo contar con mi mejor amigo porque decidió acostarse con mi hermana de dieciocho años.

—Rico, las cosas no son así —le dejo claro, dando un paso hacia él.

Si quiere odiarme, aguantaré el golpe, pero no voy a permitir que hable de lo que tenemos como si solo fuéramos un tío aprovechando la oportunidad de tirarse a una cría y una cría inconsciente que se lo permite.

—No —replica sin una sola duda—, son exactamente así y no quiero volver a verte jamás.

Rico echa a andar hacia las puertas batientes mientras que Aitana se queda muy quieta en el centro del pasillo, aturdida y confusa y, sobre todo, triste.

Camino hasta ella. Solo quiero consolarla, pero lo cierto es que no sé cómo. Han pasado las dos cosas que más le aterraban, por lo que quería que lo nuestro siguiese siendo un secreto: tendrá que elegir entre su hermano y yo, y yo lo he perdido.

Coloco mis manos en su cintura y la atraigo hasta mí.

—Ahora no puedo dejarlo solo —musita con la voz apagada.

—Lo sé.

Todo esto es horrible. Daniela y el bebé podrían morir. No se merecen nada de esto.

—Pero nosotros... —empieza a decir, pero la interrumpo porque no es preciso que continúe. No tiene que decirme «te quiero», porque sé que lo hace, igual que yo estoy loco por ella, pero precisamente por eso he de sacarla de esta situación. Debo elegir por ella.

—Entre nosotros no cambia nada —sentencio—, pero ahora Rico te necesita. Ve con él.

—¿Y qué pasa contigo?

—Te estaré esperando, pero no aquí. Llámame cuando salgas.

Ella acepta moviendo afirmativamente la cabeza y el corazón empieza a retumbarme contra el pecho, pidiéndome que piense todo esto un poco mejor, pero es que no puedo permitírmelo.

Aitana asiente de nuevo, tratando de asimilar las circunstancias. Coloca las palmas de las manos en mi pecho, se pone de puntillas y me da un suave beso. Disfruto del pequeño gesto, de la presión perfecta de sus labios contra los míos, y la observo alejarse de mí y cruzar las mismas puertas que Rico.

Camino de la salida del hospital presbiteriano de Nueva York, me paso las manos por el pelo hasta dejármelas en la nuca. ¿Cómo coño ha podido torcerse todo tanto? Una parte de mí está haciendo sonar las alarmas, completamente desesperada, porque sabe lo que toca ahora y se niega

en redondo. Duele. Asusta. Lo odio, pero ¿qué opción me queda? Aitana me dijo que lo que quería evitar más que nada era que yo perdiera a Rico, que ella tuviera que elegir entre los dos. Ya no hay vuelta atrás para lo primero, pero lo segundo está en mi mano. Rico la necesita, Daniela la necesita, sus hermanos la necesitan, ella nunca podría dejar de lado eso. Así que solo estoy poniéndole las cosas más fáciles. Solo la estoy protegiendo a ella y, para qué engañarnos, también me estoy protegiendo a mí. Si me marcho, no voy a ver a la única chica que he querido en toda mi vida alejarse de mí. Sé que soy un egoísta de mierda, pero también es una cuestión de supervivencia.

Recojo algo de ropa y mis cosas, solo aquellas que siempre van conmigo vaya donde vaya, y salgo de mi apartamento del West Side. Miro el reloj. Son las ocho de la mañana. El teléfono empieza a sonar. Es Aitana.

Observo la pantalla y trago saliva, tratando de contener todo lo que me está arrasando por dentro.

—Hola —respondo, intentando que la rabia, la tensión, el desahucio, no inunden mi voz—, ¿cómo está Daniela?

—Asustada —responde en un golpe de voz, y automáticamente soy capaz de ver que ella también lo está—, pero sin una sola duda de que quiere proteger a su bebé con uñas y dientes.

—Es una León. Cuidar de los que quiere viene con el apellido —replico solo para hacerla sonreír.

Cumplo mi misión y la imagen de Aitana sonriendo hace que vuelva a replantearme mi decisión, que odie un poco más esta situación, que me flaquee en las fuerzas y al mismo tiempo me griten que no me rinda. Lo hago por ella y a pesar de ella, y duele demasiado.

—¿Y tú qué tal estás?

—No quiero que te preocupes por mí.

—Soy tu novia —me recuerda—. Ese es mi trabajo.

—Y eres una novia increíble, así que bien hecho.

La recuerdo en mi cama, entre mis brazos, contra la pared. Me revuelvo en mitad del vestíbulo de mi apartamento. Por Dios, esto tiene que ser una puta pesadilla.

—¿Nos vemos en una hora? —me pide.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

—Claro —miento.

—¿En tu apartamento?

Bajo la cabeza.

—Tengo que salir a hacer un recado. Dejaré una llave escondida detrás del extintor. A partir de ahora será tu llave, ¿vale? Úsala siempre que quieras.

«Porque este ahora es tu apartamento».

—Genial —responde al otro lado y, aunque sé que le gusta la idea, la tristeza por todo lo que ha pasado pesa más—. Hasta dentro de una hora.

—Adiós.

De pronto pienso que eso no puede ser lo último que oiga de mí, que no es lo que quiero, ¡que lo odio, joder!

—Aitana —la llamo.

—¿Sí?

—Te quiero.

Las dos palabras salen desde el fondo de mi alma, tratando de enmarcar la inmensidad de lo que siento, como si fuera una canción desesperada, un mensaje en una botella. Solo espero tener la suerte de poder volver a besarla.

—Yo también te quiero —responde de inmediato y, en mitad de todo, consigue hacerme sonreír, porque no ha necesitado un solo segundo para contestar.

—No lo dudes nunca.

—Prometido.

Me obligo a hacer lo que debo hacer, a separarme el teléfono de la oreja, a colgar, a salir de mi apartamento... a no mirar atrás.

Lo siguiente pasa como si fueran los movimientos de otra persona: el pedir un taxi, el ir hasta el JFK, el comprar un billete de avión a cualquier parte si sale ya mientras no

dejo de mirar el reloj e imaginar que ella estará llegando al West Side, entrando en el apartamento, buscándome... Me hago un favor y desconecto el móvil. Tendría que tirarlo, pero no soy capaz. Necesito saber que tengo algo que me sigue sirviendo de puente con ella.

Seis horas después estoy en el aeropuerto de Los Ángeles, y otra más tarde, en un motel cualquiera de Venice, escuchando el mar de fondo mientras trato de no pensar, y fracaso estrepitosamente, mientras intento estar bien y simplemente comprendo que eso ya es jodidamente imposible.

Hago lo peor que podría hacer y enciendo el teléfono. Sus llamadas, sus mensajes, llenan la pantalla. «¿Dónde estás?», «Héctor, ¿dónde te has metido?», «Por favor, contéstame», «Necesito hablar contigo, por favor». Mensajes cada vez más tristes, más desesperados, que me golpean más fuerte... hasta que llego al último: «Prométeme que tú tampoco vas a dudar nunca de que te quiero». Mi chica es la persona más inteligente e intuitiva del mundo. Mi chica me conoce muy bien. «Prometido», respondo.

Dejo caer el móvil y me llevo las palmas de las manos a los ojos, al pelo, porque me falta el puto oxígeno mientras siento que *In my blood* suena a todo volumen en mi cabeza. ¿Cómo demonios voy a vivir sin ella?

* * *

No sé cuánto tiempo me paso encerrado en la habitación. Cuando al fin salgo a la calle, la luz del sol me hace daño en los ojos. Camino en busca de cualquier tienda que me venda un paquete de cigarrillos. En estos días he bebido más de la cuenta, eso sí lo tengo claro. No he escrito una sola palabra. No he leído una sola línea. En cambio, he tenido encendida la tele las veinticuatro horas; ni siquiera estoy seguro de haberla apagado antes de salir.